

LA MADRE

Existen sólo dos poderes que, cuando combinan su acción, pueden lograr lo que constituye el gran y difícil objetivo de nuestro esfuerzo: una invencible y firme aspiración que llama desde abajo y una Gracia suprema que responde desde las alturas.

Pero la suprema Gracia actuará sólo en condiciones de Luz y Verdad y no en las condiciones impuestas por la Falsedad y la Ignorancia. Porque si tuviese que aceptar las condiciones de la Falsedad, traicionaría su propio propósito.

Estas son las condiciones de Luz y Verdad, las únicas condiciones bajo las cuales la más alta Fuerza descenderá -y es sólo la de orden más elevado, la auténtica Fuerza supramental en descenso desde las alturas y abriendo desde abajo, la que puede actuar victoriosamente sobre la Naturaleza física y aniquilar sus dificultades: debe darse una sumisión total y sincera; debe darse una apertura exclusiva de uno mismo al Poder divino; debe elegirse constante e integralmente la Verdad que desciende; debe rechazarse constante e integralmente la falsedad de los Poderes y Apariencias del mental, vital y físico que aún dominan la Naturaleza terrestre.

La sumisión debe ser total y abarcar todas las partes del ser. No es suficiente que el psíquico responda y el mental superior acepte o incluso que el vital inferior se someta y la consciencia física interior perciba la influencia. No debe haber en ninguna parte del ser, ni siquiera en la más externa, nada que se reserve, nada que se esconda tras las dudas, confusiones y subterfugios, nada que se rebele o resista.

Si una parte del ser se somete, pero otra parte se reserva a sí misma, sigue su propio camino o establece sus propias condiciones, cada vez que esto ocurre, estás apartando de ti la Gracia divina.

Si tras tu devoción y sumisión encubres tus deseos, iniciativas egoístas e insistencias vitales, si pones estas cosas en el lugar de la aspiración verdadera o las confundes con ella y tratas de imponérselas a la Divina Shakti, es inútil invocar a la Gracia divina para que te transforme.

Si por una parte te abres a la Verdad y por la otra no te decides a cerrar las puertas a las fuerzas hostiles, es vano esperar que la divina Gracia habite en ti. Debes conservar el templo limpio si deseas instalar en él la viviente Presencia.

Si cada vez que el Poder interviene trayendo la Verdad, le vuelves la espalda para llamar de nuevo a la mentira que ya había sido expulsada, no es a la divina Gracia a la que debes culpar de haberte fallado, sino a la falsedad de tu propia voluntad y a la imperfección de tu propia sumisión.

Si llamas a la Verdad pero todavía queda algo en ti que escoge lo que es falso, ignorante y antidivino o simplemente no quiere rechazarlo, siempre estarás desprotegido ante el ataque y la Gracia se apartará de ti. Detecta primero lo que es falso u oscuro en ti y recházalo con persistencia, sólo entonces tendrás el derecho de llamar al Poder divino para

que te transforme.

No imagines que a la verdad y falsedad, luz y tinieblas, sumisión y egoísmo les está permitido habitar conjuntamente en la morada consagrada al Divino. La transformación debe ser integral, e integral por ello el rechazo de todo lo que se le opone.

Rechaza el falso prejuicio de que el divino Poder hará, y está obligado a hacer, todo por ti y cuando tú lo pidas, incluso aunque no satisfagas las condiciones impuestas por el Supremo. Que tu sumisión sea verdadera y completa, sólo entonces todo será hecho por ti.

Rechaza también la falsa e indolente expectación de que el divino Poder realizará por ti incluso tu sumisión. El Supremo te pide tu sumisión a Él, pero no te la impone; eres libre en cada momento, hasta que llegue la hora de la irrevocable transformación, de negar o rechazar al Divino o de resistirte a la entrega, si estás dispuesto a sufrir las inevitables consecuencias espirituales. Tu sumisión debe salir de ti mismo, ser propia y libre; debe ser la entrega de un ser viviente, no de un autómatas inerte o de una herramienta mecánica.

La inerte pasividad es constantemente confundida con la verdadera sumisión, pero de una pasividad inerte no puede surgir nada auténtico ni poderoso. Es la inerte pasividad de la Naturaleza física la que la deja a merced de cualquier influencia oscura o antidivina. Una sumisión alegre, fuerte y consciente es el requisito indispensable para el trabajo de la Fuerza Divina, la obediencia del iluminado discípulo de la Verdad, del Guerrero interior que batalla contra la oscuridad y falsedad, del siervo fiel del Divino.

Ésta es la verdadera actitud y sólo aquellos que pueden asumirla y mantenerla conservan una fe que ni desengaños ni dificultades podrán perturbar, y superarán la ordalía que abre el camino a la suprema victoria y a la gran transmutación.

II

En todo cuanto se realiza en el universo, el Divino actúa desde detrás y a través de su Shakti, pero permanece velado por su Yoga Maya trabajando a través del ego del Jiva en la naturaleza inferior.

En el Yoga, el Divino es tanto el Sadhaka como la Sadhana; es su Shakti con su luz, poder, conocimiento, consciencia, Ananda, actuando sobre el Adhara y, cuando éste se abre a ella, vertiendo en su interior esas divinas fuerzas que hacen posible la Sadhana. Pero mientras la naturaleza inferior es activa, el esfuerzo personal del Sadhaka no deja de ser necesario.

El esfuerzo personal requerido no es sino una triple labor de aspiración, rechazo y sumisión: una aspiración vigilante, constante, incesante- la voluntad de la mente, el anhelo del corazón, el asentimiento del ser vital, la voluntad de abrir y tornar plástica la consciencia y naturaleza físicas; rechazo de los movimientos de la naturaleza inferior; rechazo de las ideas, opiniones, preferencias, hábitos, construcciones mentales, de modo que el conocimiento verdadero pueda encontrar espacio libre en una mente silenciosa, -rechazo de los deseos de la naturaleza vital, reclamaciones, ansias, sensaciones, pasiones, egoísmo, orgullo, arrogancia, injuria, avaricia, celos, envidia, hostilidad a la Verdad, de modo que el verdadero poder y gozo puedan verterse desde las alturas en un ser vital en

calma, vasto, fuerte y consagrado, -rechazo de la estupidez de la naturaleza física, duda, falta de fe, obscuridad, obstinación, mezquindad, pereza, resistencia a la transformación, Tamas, de modo que la verdadera Luz, Poder, Ananda, puedan establecerse firmemente en un cuerpo cada vez más divino; sumisión de uno mismo y de todo lo que uno es y tiene y de cada plano de la consciencia y cada movimiento al Divino y a la Shakti.



A medida que progresan la sumisión y autoconsagración, el Sadhaka se torna cada vez más consciente de que es la Divina Shakti la que realiza la Sadhana, vertiendo en él más y más de sí misma, fundamentando en él la libertad y la perfección de la Naturaleza Divina. A medida que este proceso consciente substituye a su propio esfuerzo, más rápido y verdadero se vuelve su progreso. Pero no podrá reemplazar completamente la necesidad del esfuerzo personal hasta que la sumisión y consagración sean absolutamente puras y completas.

Date cuenta de que una sumisión tamásica que rechace satisfacer las condiciones requeridas y le pida a Dios realizar todo y resolver cualquier problema y lucha es un engaño y no conduce ni a la libertad ni a la perfección.

III

Para cruzar la vida armado contra el miedo, peligro y desastre, sólo dos cosas son necesarias, dos que van siempre unidas -la Gracia de la Divina Madre y, de tu parte, un estado interior cuya esencia es la fe, la sinceridad y la sumisión.

Haz que tu fe sea pura, cándida y perfecta. Una fe egoísta en el ser mental y vital maculada por la ambición, orgullo, vanidad, arrogancia mental, voluntad al servicio del vital, reclamaciones personales, deseos de mezquinas satisfacciones de la naturaleza inferior, es una minúscula y apagada llama que no puede pretender alcanzar el cielo. Contempla tu propia vida como si te hubiese sido dada sólo para el trabajo divino y para ayudar a la manifestación divina. No desees más que la pureza, fuerza, luz, vastedad, calma, Ananda de la consciencia divina y su insistente impulso para transformar y perfeccionar

tu mente, vida y cuerpo. No pidas nada más que la verdad divina, espiritual y supramental, su realización en la tierra y en ti y en todos los llamados y elegidos, y las condiciones necesarias para su creación y victoria sobre todas las fuerzas adversas.

Haz que tu sinceridad y sumisión sean genuinas y enteras. Cuando te des a ti mismo, date completamente, sin reclamaciones, sin condiciones, sin reservas, de modo que todo le pertenezca a la Divina Madre y nada le quede al ego ni pueda ser reclamado por ningún otro poder.

Cuanto más completa sea tu fe, sinceridad y sumisión, mayor será la gracia y protección de que gozarás. Y cuando la gracia y protección de la Divina Madre están contigo, ¿qué daño podría alcanzarte o a quién deberías temer? Aun una minúscula porción de esos dones te llevaría a través de todas las dificultades, obstáculos y peligros; rodeado totalmente por su presencia puedes recorrer seguro tu camino porque es el suyo, sin temer ninguna amenaza, a salvo ante cualquier hostilidad por poderosa que sea, ya proceda de

este mundo o de cualquiera de los mundos invisibles. Su mano puede tornar dificultades en oportunidades, fracaso en éxito y debilidad en fuerza inalterable. Porque la gracia de la Divina Madre es la sanción del Supremo, y hoy o mañana su efecto es seguro, algo que ha sido decretado y es, por ello, inevitable e ineluctable.

IV

El dinero es el signo visible de una fuerza universal, y esta fuerza, en su manifestación terrena, opera en los planos vital y físico y es indispensable para la plena satisfacción en la vida exterior. En sus orígenes y en su verdadera acción pertenece al Divino. Pero como otros poderes del Divino se halla aquí delegada y, a causa de la ignorancia de la Naturaleza inferior, puede ser usurpada por el ego y usada para su satisfacción o pervertida por influencias Asúricas y obligada a servir a sus propósitos. Ésta es, ciertamente, una de las tres fuerzas -poder, riqueza, sexo- que ejercen mayor atracción sobre el ego humano y el Asura, y son generalmente mal comprendidas y mal usadas por aquellos a quienes pertenecen. Los que buscan y acaparan la riqueza son a menudo más poseídos que poseedores; pocos se libran de cierta influencia perturbadora sembrada en esa fuerza por su larga relación con el Asura y la perversión ejercida por él. Por esta razón, la mayor parte de las disciplinas espirituales insisten en un completo autocontrol, desapego y renuncia a toda atadura a la riqueza y a todo deseo personal y egoísta de posesión. Algunas, incluso, prohíben el dinero y la riqueza y proclaman la pobreza y simplicidad de vida como única condición espiritual. Pero esto es un error que deja el poder en manos de las fuerzas hostiles. Reconquistarlo para el Divino, a quien pertenece, y usarlo divinamente para la vida divina es la vía supramental del Sadhaka.

No debes ni rechazar ascéticamente el poder del dinero, los medios que ofrece y los objetos que aporta, ni complacerte en un apego rajásico a ellos o abandonarte a una autoindulgencia que te esclavice a las gratificaciones propias de todo ello. Contempla la riqueza simplemente como un poder que debe ser reconquistado para la Madre y puesto a su servicio.

Toda riqueza pertenece al Divino y aquellos que la detentan son los designados para su custodia, no sus poseedores. Está con ellos hoy, mañana puede estar en cualquier otra parte. Todo depende del modo en que respondan a la confianza depositada en ellos, con qué espíritu, con qué consciencia hagan uso de la riqueza, para qué propósito.

Respecto al uso personal del dinero, contempla todo lo que tienes o ganas o alcanzas como si fuera de la Madre. No pidas, sino acepta lo que recibas de ella y úsalo en base a los propósitos para los cuales se te ha dado. Sé enteramente desprendido, enteramente escrupuloso, preciso, meticoloso, un buen custodio; considera siempre que es su posesión y no la tuya la que estás manejando. Por otra parte, lo que recibes para ella, ponlo religiosamente ante ella; no lo uses para tu propio propósito ni el de cualquier otro.

No midas a los hombres por sus riquezas ni te dejes impresionar por la apariencia, el poder o la influencia. Cuando pidas a la Madre, debes sentir que es ella quien pide a través de ti un poco de lo que le pertenece, y el hombre desde el que tú pides será juzgado por su respuesta.

Si estás libre de la obsesión por el dinero y de todo reparo de carácter ascético hacia él, gozarás de un gran poder para canalizar el dinero hacia la obra divina. Ecuanimidad mental, ausencia de anhelos y la completa dedicación de todo aquello que posees y recibes y de todo tu poder de adquisición a la Divina Shakti y su obra son los signos de esta libertad. Cualquier inquietud en la mente con respecto al dinero y su uso, cualquier reclamación, cualquier queja, es índice seguro de alguna imperfección o atadura.

El Sadhaka ideal de este tipo es aquel que si fuese requerido a vivir pobremente, podría vivir así y ningún tipo de necesidad le afectaría o interferiría en el pleno juego interior de la consciencia divina; y si fuese requerido a vivir en la riqueza, podría vivir así y nunca, ni por un momento, caería en el deseo o apego a su riqueza o a las cosas que usa, no caería tampoco en servidumbre alguna o autoindulgencia, ni siquiera en una débil atadura a los hábitos que la posesión de las riquezas genera. La divina Voluntad y el divino Ananda son todo para él.

En la creación supramental, la fuerza del dinero debe ser devuelta al Divino Poder y usada, según la Divina Madre decida a partir de su visión creativa, para una verdadera y hermosa y armónica organización de una existencia física y vital nueva y divinizada. Pero primero, esta fuerza debe ser reconquistada para Ella y los más aptos para esta conquista serán aquellos que en esta parte de su naturaleza sean fuertes y vastos y libres del ego y sometidos sin ninguna condición o reserva o duda, puros y poderosos canales para la Suprema pujanza.

V

Si quieres ser un verdadero trabajador de obras divinas, tu primera meta debe ser liberarte totalmente del deseo y de las mezquindades del ego. Toda tu vida debe ser una ofrenda y un sacrificio al Supremo; tu único objetivo en la acción debe ser servir, recibir, satisfacer, llegar a ser un instrumento manifiesto de la Divina Shakti en sus obras. Debes crecer en la consciencia divina hasta que no haya diferencia entre tu voluntad y la Suya, no haya motivación excepto su impulso en ti, no haya acción que no sea su acción consciente en ti y a través de ti.

Hasta que no seas capaz de esta identificación completa y dinámica, debes contemplarte a ti mismo como un alma y un cuerpo creados para su servicio, alguien que todo lo hace por ella. Incluso si la idea de ser un trabajador independiente es poderosa en ti y sientes que eres tú quien realiza el acto, aun en este caso debe ser realizado para ella. Todo acento puesto en la elección egoísta, todo andar tras el personal provecho, todo fomentar el propio deseo, debe ser extirpado de la naturaleza. No debes reclamar el fruto ni buscar recompensa; que tu único fruto sea la complacencia de la Divina Madre y la culminación de su obra, que tu única recompensa sea un progreso constante en la consciencia divina y la calma y la fuerza y el gozo. La alegría en el servicio y la alegría del crecimiento interior a través de las obras es recompensa suficiente para el trabajador desprendido.

Pero llegará el tiempo en que sentirás más y más que eres el instrumento y no quien actúa. Puesto que, en primer lugar, por la fuerza de tu devoción, tu contacto con la Divina Madre se volverá tan íntimo que en cada momento no tendrás más que concentrarte y poner todo en sus manos para ser guiado, para gozar de su orden directa o impulso, de la

indicación segura de lo que debe ser hecho y del modo en que debe ser hecho y del resultado. Y, después, comprenderás que la divina Shakti no sólo inspira y guía, sino que inicia y lleva a término sus obras; todos tus movimientos son originados por ella, todos tus poderes son suyos, mente, vida y cuerpo son instrumentos conscientes y alegres de su acción, medios para su juego, moldes para su manifestación en el universo físico. No puede haber una condición más feliz que esta unión y dependencia; porque este paso te lleva, más allá de la vida de angustia y sufrimiento en la ignorancia, a la verdad de tu ser espiritual, a su honda paz y a su intenso Ananda.

Mientras esta transformación se está realizando, es más necesario que nunca mantenerte libre de toda mácula o perversión del ego. No permitas que ninguna ansiedad o insistencia crezcan en ti manchando la pureza de la autosumisión y sacrificio. No debe haber ningún apego al trabajo ni a sus resultados, no impongas ninguna condición, no quieras poseer el Poder que debe poseerte a ti, que el instrumento rinda todo su orgullo, vanidad y arrogancia. No se debe permitir que nada en la mente ni en las partes vitales o físicas intente poseer o usar para su satisfacción personal y separada la grandeza de las fuerzas que están actuando a través de ti. Deja que tu fe, tu sinceridad, la pureza de tu aspiración sean absolutas e inunden todos los planos y niveles del ser; así todo elemento perturbador y toda influencia distorsionadora se desprenderán progresivamente de tu naturaleza.

El último grado de esta perfección llegará cuando te halles completamente identificado con la Divina Madre y te sientas ya no un ser, instrumento, servidor u obrero distinto y separado, sino verdaderamente un niño, una eterna porción de su consciencia y fuerza. Así, ella siempre estará en ti y tú en ella; será tu experiencia constante, simple y natural, que todo tu pensamiento, visión y acción, tu misma respiración y movimientos provengan de ella y sean suyos. Conocerás y verás y sentirás que eres una persona y un poder formado por ella y a partir de ella, surgido de ella para el juego y aun así siempre a salvo en ella, ser de su ser, consciencia de su consciencia, fuerza de su fuerza, Ananda de su Ananda. Cuando esta condición sea perfecta y sus energías supramentales puedan moverte libremente, sólo entonces serás perfecto en las divinas obras; el conocimiento, la voluntad, la acción se tornarán seguros, simples, luminosos, espontáneos, constantes, un flujo desde el Supremo, un movimiento divino del Eterno.

VI

Los cuatro Poderes de la Madre son sus cuatro definidas Personalidades, porciones y encarnaciones de su divinidad a través de las cuales ella actúa sobre sus criaturas, coordina y armoniza sus creaciones en los mundos y dirige la labor de sus miles de fuerzas. Porque la Madre es una, pero se presenta ante nosotros en sus diferentes aspectos; muchos son sus poderes y personalidades, muchas sus emanaciones y Vibhutis, que hacen su trabajo en el universo. El Uno que nosotros adoramos como la Madre es la divina Fuerza Consciente que domina toda existencia, una y aun así tan plural que le es imposible seguir su movimiento aun a la mente más rápida o a la inteligencia más vasta y libre. La Madre es la consciencia y fuerza del Supremo y, hallándose muy por encima de todas las cosas, realiza ella su creación. Pero algo de su modo de actuar puede ser visto y sentido a través de sus personificaciones, tanto más aprehensible cuanto más definido y concreto es el temperamento y acción de las formas divinas en las que Ella

con-
siente en manifestarse a sus criaturas.

Hay tres modos de ser de la Madre de los cuales puedes tornarte consciente a medida que estableces la unidad con la Fuerza Consciente que nos sostiene y sostiene al universo. Trascendente, la original Shakti suprema permanece sobre los mundos y vincula la creación al por siempre inmanifiesto misterio del Supremo. Universal, la cósmica Mahashakti crea todos los seres y contiene y penetra, mantiene y conduce los millones de procesos y fuerzas. Individual, encarna el poder de estos dos vastos modos de su existencia, los hace vivientes y próximos a nosotros y media entre la humana personalidad y la Naturaleza divina.

Shakti original, trascendente y una, la Madre permanece sobre los mundos portando en su eterna consciencia al Supremo Divino. Sola, ella cobija el absoluto Poder y la inefable Presencia; conteniendo o llamando a las Verdades que deben ser manifestadas, ella las extrae del Misterio en el que aquéllas se hallaban escondidas llevándolas a la luz de su infinita consciencia y dándoles una forma de fuerza, en su omnipotente poder e ilimitada vida, y un cuerpo en el universo. El Supremo se halla manifiesto en ella por siempre como el eterno Sachchidananda, manifestado a través de ella en los mundos como la consciencia una y dual de Ishwara-Shakti y el principio dual de Purusha-Prakriti, encarnado por ella en los Mundos y los Planos y los Dioses y sus Energías, y tomando forma y figura a partir de ella como todo aquello que existe en los mundos conocidos. Todo es su juego con el Supremo; todo es su manifestación en los misterios del Eterno, los milagros del Infinito. Todo es ella, puesto que todo es parcela y porción de la Consciencia-Fuerza divina. Nada puede haber aquí o en ninguna otra parte más que lo que ella decide y el Supremo sanciona; nada puede tomar forma excepto lo que ella, impulsada por el Supremo, percibe y determina después de haberlo transformado en semilla de su Ananda creadora.

La Mahashakti, la Madre universal, desarrolla todo aquello que le es transmitido por su consciencia trascendente desde el Supremo e introduce en los mundos los frutos de sus obras; su presencia los llena y mantiene con el espíritu divino y la divina fuerza omnisostenedora y deleite sin los cuales ellos no podrían existir. Eso que nosotros llamamos Naturaleza o Prakriti es sólo su más externo aspecto realizador; ella comanda y organiza la armonía de sus fuerzas y procesos, impele las operaciones de la Naturaleza y actúa en ellas, secreta o manifiesta en todo lo que puede ser visto o experimentado o vitalizado. Cada uno de los mundos no es nada más que el juego de la Mahashakti de ese sistema de mundos o universo, que se halla en él como el Alma y la Personalidad cósmicas de la Madre trascendente. Cada uno de ellos es algo que su visión ha determinado, que ha sido aceptado en su corazón de belleza y poder y creado en su Ananda.

Pero hay muchos planos creados por ella, muchos niveles de la Divina Shakti. En la cumbre de su manifestación, de la cual nosotros somos una parte, hay mundos de existencia, consciencia, fuerza y gozo infinitos sobre los cuales la Madre se alza como Poder eterno y revelado. En ellos, todos los seres viven y pululan en una perfección inefable e inalterable unidad, porque ella los porta salvos por siempre en sus brazos. Más cerca de nosotros están los mundos de una perfecta creación supramental en la cual la Madre es la supramental Mahashakti, un Poder de divina Voluntad omnisciente y omnipotente Conocimiento, siempre perceptible en ellos su incansable labor y espontáneamente perfectos en todos y cada uno de sus procesos. En ellos, todo movimiento es el paso de la Verdad; en ellos,

todos los seres son almas y poderes y cuerpos de Luz divina; en ellos, todas las experiencias son océanos y corrientes y olas de un intenso y absoluto Ananda. Pero aquí, donde nosotros habitamos, están los mundos de la Ignorancia, mundos de mente y vida y cuerpo cuya consciencia está dissociada de su origen; de ellos, esta tierra es un centro significativo y su evolución un proceso crucial. También ésta, con toda su obscuridad y lucha e imperfección, es sostenida por la Madre Universal; también ésta es impulsada y guiada hacia su secreto propósito por la Mahashakti.

La Madre, en cuanto que Mahashakti de este triple mundo de Ignorancia, se alza en un plano intermedio entre la Luz supramental, la vida-Verdad, la Verdad-creación que debe ser establecida aquí abajo, y esa jerarquía de planos de consciencia en descenso y ascenso que, como una doble escalera, se funde en la nesciencia de la Materia para trepar de nuevo, a través de la vida floreciente y el alma y la mente, hasta la infinitud del Espíritu. Determinando todo lo que debe existir en este universo y en la evolución terrestre a partir de lo que ella ve y siente y vierte desde sí misma, ella se alza por sobre los Dioses, y todos sus Poderes y Personalidades son exteriorizados para la acción, y envía sus emanaciones a los mundos inferiores para intervenir, gobernar, batallar y conquistar, para guiar y determinar sus ciclos, para dirigir las líneas totales e individuales de sus fuerzas. Estas Emanaciones son las muchas formas y personalidades divinas en las cuales los hombres han adorado a la Madre bajo diferentes nombres a lo largo de las edades. Pero ella, a través de estos Poderes y sus emanaciones, prepara y forma las mentes y cuerpos de sus Vibhutis tanto como las mentes y cuerpos de las Vibhutis del Ishwara, de modo que puedan manifestar en el mundo físico y bajo el disfraz de la consciencia humana algún rayo de su poder y cualidad y presencia. Todas las escenas del juego terrestre han sido determinadas y planeadas como un drama puesto en escena por ella con los Dioses cósmicos como sus asistentes y ella misma como velado actor.

La Madre no sólo gobierna todo desde arriba, incluso desciende a este triple universo inferior. Impersonalmente, todas las cosas de este mundo, aun los efectos de la Ignorancia, son ella misma en poder velado y son sus creaciones en substancia disminuida, son su cuerpo-Naturaleza y fuerza-Naturaleza, y existen porque, movida la Madre por el misterioso impulso del Supremo para llevar a cabo algo que se hallaba allí, en las posibilidades del Infinito, ella ha consentido al gran sacrificio y se ha puesto la máscara que es el alma y las formas de la Ignorancia. Sin embargo, no ha evitado descender ella misma, personalmente, a este mundo: a las Tinieblas, de modo que pueda guiarlas hacia la Luz; a la Falsedad y al Error, de modo que pueda tornarlos en Verdad; a la Muerte, de modo que pueda hacer de ella Vida divina; al dolor de este mundo, a su obstinada angustia y tormento, de modo que pueda ahogarlos en el éxtasis transformador de su sublime Ananda. En su amor inmenso y profundo por sus criaturas, ha consentido en vestir el manto de obscuridad, ha condescendido en sufrir los ataques e influencias torturadoras de los poderes de la Tiniebla y Falsedad, pasar a través de los portales del nacimiento que es la muerte, cargar sobre sí misma los gritos de dolor y angustia y tormento de la creación, puesto que parecía que sólo así podía esta última ser elevada a la Luz, al Gozo y Verdad y Vida eternos. Éste es el gran sacrificio llamado a veces el sacrificio del Purusha, pero llamado más profundamente el holocausto de Prakriti, el sacrificio de la Divina Madre.

Cuatro Aspectos de la Madre, cuatro de sus Poderes y Personalidades conductoras, han destacado en su guía de este Universo y en sus relaciones con el juego terrenal. Una es su personalidad de calma vastedad y honda sabiduría y tranquila benignidad y compasión

inexhaustible y majestad soberana y pujante y grandeza omnipotente. Otra encarna su poder de espléndida fuerza y pasión irresistible, su carácter guerrero, su voluntad inexorable, su rapidez impetuosa y fuerza capaz de hacer temblar el mundo. Una tercera es vívida y dulce y espléndida en su profundo secreto de belleza y armonía y delicado ritmo, en su intrincada y sutil opulencia, en su irresistible atracción y gracia cautivadora. La cuarta está dotada de una capacidad profunda y precisa de íntimo conocimiento, y cuidadoso y tranquilo y minucioso trabajo y exacta perfección en todas las cosas. Sabiduría, Fuerza, Armonía, Perfección, son sus diversos atributos, y son estos poderes los que sus aspectos traen a este mundo manifestándolos a través del humano disfraz de sus Vibhuti. Y serán hallados en divino grado en aquellos que logren abrir su naturaleza terrenal a la influencia directa y viviente de la Madre. A estos cuatro les damos los cuatro mayestáticos nombres de Maheshwari, Mahakali, Mahalakshmi, Mahasaraswati.

La imperial MAHESHWARI está sentada en los vastos horizontes por encima de la mente pensante y la voluntad, sublimándolas y engrandeciéndolas en sabiduría y alcance o fluyendo esplendorosamente desde más allá de ellas. Pues ella es la poderosa y sabia Una que nos abre a las infinitudes supramentales y amplitud cósmica, a la grandeza de la Luz suprema, al tesoro de un conocimiento milagroso, al movimiento inalcanzable de las eternas fuerzas de la Madre. Tranquila es ella y magnífica, eterna, inmensa y calma. Nada puede perturbarla pues toda la sabiduría está en ella; nada que ella quiera conocer se le oculta; abarca todas las cosas y todos los seres y sus naturalezas y aquello que los mueve y la ley del mundo y sus ciclos y todo lo que ha sido y es y está decretado que sea. Una fuerza hay en ella que enfrenta todo evento y lo domina, y nada puede prevalecer al final contra su vasta, intangible sabiduría y su elevado, tranquilo poder. Ecuánime, paciente e inalterable en su voluntad, trata con los hombres de acuerdo con su naturaleza, y con las cosas y sucesos de acuerdo con la Fuerza y la verdad que hay en ellos. Parcialidad no hay en ella, pero sigue los decretos del Supremo elevando a unos mientras que a otros los aparta arrojándolos a la tiniebla. Al sabio le da una sabiduría más grande y luminosa; a los videntes los admite a sus concilios; a los hostiles les impone la consecuencia de su hostilidad, al ignorante y frívolo lo guía de acuerdo con su ceguera. A cada hombre ella responde y trata los diferentes elementos de su naturaleza de acuerdo con sus necesidades y urgencias y demandas, los presiona si es requerida a ello o los abandona a su anhelada libertad para que prosperen a través de los senderos de la Ignorancia o perezcan.

Porque ella se halla por encima de todo, nada la limita, nada la ata en todo el Universo. Y aun así, más que el de ninguna otra, el suyo es el corazón de la Madre universal. Pues su compasión es ilimitada e inagotable; a sus ojos todos son sus criaturas y porciones del Uno, incluso el Asura y Rakshasa y Pisacha y aquellos que se rebelan y le muestran hostilidad. Cuando rechaza, sólo pospone y, cuando castiga, vierte su gracia. Pero su compasión no ciega su sabiduría ni aleja su acción del curso decretado, puesto que la Verdad de las cosas es su única preocupación, el conocimiento es el centro de su poder y hacer de nuestra alma y nuestra naturaleza Verdad divina constituye su misión y su labor.

MAHAKALI es de otra naturaleza. No amplitud sino altura, no la sabiduría sino la fuerza y la energía constituyen su peculiar poder. Hay en ella una intensidad arrasadora, una poderosa pasión de fuerza para lograr, una divina violencia precipitándose para quebrar todo límite y obstáculo. Toda su divinidad se manifiesta en un esplendor de acción tempestuosa; ella es la rapidez, los procesos inmediatamente efectivos, el suyo es el golpe rápido y directo, el asalto frontal al que nada puede resistirse. Terrible le resulta su rostro al Asura, peligroso y falto de toda compasión es su carácter cuando se enfrenta a los que

odian al Divino; porque ella es el Guerrero de los Mundos que nunca evita la batalla. Intolerante con la imperfección, ella trata duramente todo lo que en el hombre se resiste y es severa con todo aquello que es obstinadamente ignorante y oscuro; su furia contra la traición y la falsedad y la malignidad es inmediata y tremenda, la mala voluntad es aniquilada de un solo golpe por su frenesí. Indiferencia, negligencia y pereza en las obras divinas: nada de esto puede tolerar y hiere con agudo dolor, si llega a ser necesario, al eterno durmiente y al ocioso irredimible. Los impulsos rápidos y rectos y francos, los movimientos sin reserva y absolutos, la aspiración inflamada, son la acción de Mahakali. Su espíritu es indomable, su visión y voluntad son elevadas y apuntan a lejanos horizontes como el vuelo del águila, sus pies son rápidos en el camino que conduce a las alturas y sus manos se abren para golpear y socorrer. Porque también ella es la Madre y su amor es tan inmenso como su furia, y su benevolencia es profunda y apasionada. Cuando se le permite intervenir con toda su fuerza, en un instante, como objetos sin consistencia, son aniquilados los obstáculos que detienen o los enemigos que acechan al buscador. Si su ira es terrible para el hostil y la vehemencia de su presión es dolorosa para el débil y tímido, ella es amada y adorada por el grande, el fuerte y el noble; porque ellos sienten que sus golpes transforman lo que en ellos es materia rebelde en fuerza y perfecta verdad, templan lo que es torcido y perverso y eliminan toda impureza o defecto. Lo que por ella es hecho en un día hubiera requerido centurias; sin ella, el Ananda podría ser vasto y grave o suave y dulce y hermoso, pero habría carecido del llameante gozo de sus más absolutas intensidades. Al conocimiento, lo enriquece con un poder capaz de conquistar, a la belleza y armonía las carga de una elevada y sobrepujante vibración, y a la labor lenta y difícil hacia la perfección le impone un ímpetu que multiplica el poder y acorta el largo camino. Nada puede satisfacerla si no alcanza los supremos éxtasis, las más elevadas cimas, los más nobles propósitos, los más amplios horizontes. Por esta razón, con ella habita la fuerza victoriosa del Divino y es por gracia de su fuego y su pasión e impulso si la gran conquista puede ser realizada ahora y no más tarde.

Sabiduría y Fuerza no son la única manifestación de la suprema Madre; existe aun un misterio más sutil en su naturaleza sin el cual Sabiduría y Fuerza serían cosas incompletas y la perfección no sería perfecta. Sobre ellas está el milagro de la eterna belleza, un inabarcable secreto de divinas armonías, la irresistible magia de un encanto universal y atracción que obliga a las cosas y a las fuerzas a encontrarse y a permanecer unidas de modo que un escondido Ananda pueda actuar desde detrás del velo y hacer de ellos sus ritmos y figuras. Éste es el poder de MAHALAKSHMI, y no hay aspecto de la Divina Shakti que le resulte más atractivo al corazón de los seres encarnados. Maheshwari puede parecerle demasiado calma y grande y distante a la pequeñez de la naturaleza terrestre para aproximarse a ella o contenerla, Mahakali demasiado rápida y formidable para que su debilidad la soporte; pero todo se torna gozo y dulce reposo con Mahalakshmi. Porque ella hechiza con la embriagante dulzura del Divino: estar próximo a ella constituye una felicidad profunda, y sentirla dentro del corazón hace de la existencia un raptó, un milagro; gracia y encanto y ternura fluyen desde ella como la luz del sol y dondequiera que ella fija su mirada milagrosa o deja caer el cariño de su sonrisa, el alma es ganada y cautivada y sumergida en las honduras de un gozo insondable. El toque de sus manos es un imán y su oculta y delicada influencia refina mente y vida y cuerpo, y donde ella posa la planta de su pie brotan inconcebibles corrientes de un Ananda milagroso.

Y aun así, no es fácil ser capaz de responder a la demanda de este Poder encantador o de conservar su presencia. Armonía y belleza de mente y alma, armonía y belleza de pensamientos y sentimientos, armonía y belleza en cada acto y movimiento exterior,

armonía y belleza de la vida y de todo lo que la rodea, ésta es la demanda de Mahalakshmi. Donde existe afinidad a los ritmos del secreto gozo universal y respuesta a la llamada del Todo-Belleza y acuerdo y unidad y el flujo dichoso de muchas vidas tornadas al Divino, en esa atmósfera ella accede a habitar. Pero todo aquello que es feo y mezquino y bajo, todo lo que es pobre y sórdido y escuálido, todo lo que es brutal y grosero, repele su advenimiento. Donde el amor y la belleza no están o en donde se resisten a nacer, a ese lugar ella no acude; donde están mezclados y desfigurados por elementos que enrarecen su calidad, de ese lugar ella se aleja rápidamente y poco se preocupa de verter en él sus riquezas. Si en los corazones de los hombres se halla rodeada por egoísmo y odio y celos y malignidad y envidia y tensiones, si la traición y la avaricia y la ingratitud forman parte de la mezcla del sagrado cáliz, si pasiones impuras y deseos no refinados degradan la devoción, en esos corazones, la Diosa llena de gracia y belleza no permanecerá. Un divino disgusto la posee y se aparta, porque no es ella de las que insisten o acucian; o bien, velando su rostro, ella espera a que esa diabólica substancia amarga y venenosa sea rechazada y desaparezca antes de volver a otorgar su feliz influencia. El desprendimiento y la dureza ascéticos no le resultan agradables, ni tampoco la eliminación de las más profundas emociones del corazón o la rígida represión del alma y de la belleza de la vida. Porque a través del amor y la belleza unce a los hombres el yugo del Divino. La vida, en sus supremas creaciones, es convertida en una rica obra de arte celestial y toda existencia en un poema de sagrado deleite; las riquezas del mundo son reunidas y concertadas en una ordenación suprema, incluso las cosas más simples y comunes se vuelven maravillosas por su intuición de la unidad y el hálito de su espíritu. Admitida al corazón, ella eleva la sabiduría al pináculo del milagro y le revela los secretos místicos del éxtasis que superan todo conocimiento, responde a la devoción con la apasionada atracción del Divino, a la fuerza le enseña el ritmo que mantendrá el poder de sus actos dentro de la armonía y la medida, y vierte en la perfección el encanto que la hará eternamente duradera.

MAHASARASWATI es otro Poder de la Madre, el del Trabajo, su espíritu de perfección y orden. Es el más joven de los Cuatro, es el más hábil en su facultad ejecutante y el más próximo a la Naturaleza física. Maheshwari impone las largas líneas de las fuerzas del mundo, Mahakali guía su energía e ímpetu, Mahalakshmi descubre sus ritmos y medidas, pero Mahasaraswati preside sobre el detalle de su organización y ejecución, la relación de las partes y la efectiva combinación de las fuerzas y la inequívoca exactitud del resultado y la culminación. La ciencia y habilidad y técnica de las cosas son el dominio de Mahasaraswati. El íntimo conocimiento, la sutileza y paciencia, la precisión de una mente intuitiva y una mano consciente y un ojo capaz de discernir, propios del perfecto trabajador, se hallan siempre en su naturaleza y ella puede otorgárselos a aquellos que ha elegido. Este Poder es el fuerte, el incansable, el cuidadoso y eficiente constructor, organizador, administrador, técnico, artesano y clasificador de los mundos. Cuando se responsabiliza de la transformación y reconstrucción de la naturaleza, su acción es laboriosa y precisa y a menudo a nuestra impaciencia le resulta lenta e interminable, pero es persistente, integral y sin fallo. Porque la voluntad puesta en sus obras es escrupulosa, infatigable y no la vence el sueño; escrutándonos, ella percibe y toca cada pequeño detalle, se fija en cada pequeño defecto, hueco, error o incompletitud, considera y pesa con precisión todo lo que ha sido hecho y todo lo que queda por hacer. Nada le resulta demasiado pequeño o trivial como para pasar desapercibido a su atención; nada, por más impalpable que sea o disimulado que se halle o latente, puede escapársele. Modelando y remodelando, ella trabaja cada pequeña parte hasta que logra su verdadera forma, queda colocada en su lugar exacto en el todo y satisface a su propósito preciso. En su constante y diligente organizar y reorganizar las cosas, su ojo percibe todas las necesidades de una vez y el camino para satisfacerlas, y su

intuición conoce lo que debe ser escogido y lo que debe ser rechazado y determina con éxito el instrumento propicio, el tiempo propicio, las condiciones propicias y el proceso idóneo. Aborrece la despreocupación y negligencia e indolencia; todo trabajo sucio e inadecuado, imperfecto, toda ignorancia, todo querer y no poder, toda apariencia, toda incorrecta adaptación y mal uso de los instrumentos y facultades, el dejar las cosas sin hacer o medio hechas, es ofensivo y extraño a su temperamento. Cuando su trabajo acaba, nada ha sido olvidado, ningún elemento ha sido puesto en un lugar que no le corresponde u omitido o relegado a una falsa condición; todo es sólido, preciso, completo, admirable. Nada que no alcance una perfecta perfección le satisface y es capaz de enfrentar un esfuerzo eterno, si ello resulta necesario para la culminación de su creación. Por esta razón, de todos los poderes de la Madre ella es el más paciente con el hombre y sus mil imperfecciones. Amable, sonriente, próxima y pronta al socorro, no fácilmente apartada o desalentada, insistente aun después de repetido fracaso, su mano sostiene cada uno de nuestros pasos con la condición de que seamos simples en nuestra voluntad y rectos y sinceros; porque una doble faz ella no la tolerará y su ironía, cuando se revela, no observa ninguna piedad con los que se refugian en el drama, el histrionismo, el autoengaño y el disimulo. Una madre en nuestras necesidades, una amiga en nuestras dificultades, un persistente y tranquilo consejero y mentor que aparta con su radiante sonrisa las nubes oscuras de miedo y depresión, que nos recuerda siempre el siempre presente auxilio, que señala el eterno brillo del sol, permanece ella firme, calma y perseverante en la profunda y continua urgencia que nos conduce hacia la integridad de la más elevada naturaleza. Todo el trabajo de los otros Poderes se apoya en ella para su culminación; porque ella asegura la base material, elabora el detalle y erige y traba la estructura de la construcción.

Hay otras grandes Personalidades de la Divina Madre, pero a ellas fue más difícil hacerlas descender y no han gozado de tanta preeminencia en la evolución del espíritu terrestre. Entre ellas hay Presencias indispensables para la realización supramental -y más que ninguna otra, aquella que encarna el misterioso y poderoso éxtasis y Ananda que, él solo, puede salvar la brecha entre las más elevadas cimas del espíritu Supramental y los más bajos abismos de la Materia, el Ananda que tiene la llave de una excelente Vida divina y que, aun ahora mismo, sostiene desde su lugar secreto el trabajo de todos los otros Poderes del universo. Pero la humana naturaleza esclavizada, egoísta y oscura, es inapta para recibir estas grandes Presencias o soportar su poderosa acción. Sólo cuando los Cuatro hayan fundado su armonía y libertad de movimiento en la mente y vida y cuerpo transformados, lograrán esos otros más raros Poderes manifestarse en el desarrollo terrestre y la acción supramental será posible. Porque cuando sus Personalidades se hallen a la vez reunidas en la Madre y manifiestas, y su labor separada se haya tornado una armónica unidad, cuando sus Personalidades se eleven en ella hasta su divinidad supramental, se revelará entonces la Madre como la Mahashakti supramental y verterá su luminosa trascendencia desde el éter inefable. Entonces podrá la naturaleza humana tornarse una dinámica naturaleza divina, porque todas las líneas elementales de la supramental consciencia-Verdad y fuerza-Verdad serán unidas y el arpa de la vida se adecuará a los ritmos del Eterno.

Si deseas esta transformación, ponte en las manos de la Madre y sus Poderes sin dudas ni resistencia y déjala hacer, sin perturbarla, su trabajo en ti. Que estas tres cosas no te falten: consciencia, plasticidad, sumisión sin reservas. Porque en tu mente y alma y corazón y vida y en las mismas células de tu cuerpo debes ser consciente de la Madre y sus

Poderes y su labor; porque aunque ella puede realizar y, de hecho, realiza su trabajo en ti aun mientras dura tu obscuridad y en tus partes y momentos más inconscientes, su obra no es la misma que cuando te hallas en una comunión despierta y viviente con ella. Toda tu naturaleza debe ser plástica a su contacto, -sin cuestionarse como la mente ignorante y autosuficiente se cuestiona y duda y disputa y se resiste a la iluminación y al cambio; sin insistir en sus propios movimientos como el vital en el hombre insiste y persistentemente opone sus deseos recalcitrantes y mala voluntad a toda divina influencia; sin crear obstrucciones ni rendirse a la incapacidad, inercia y tams tal como la consciencia física en el hombre obstruye y se apeg a su placer en la pequeñez y obscuridad protestando contra cada toque que perturba su rutina sin propósito o su sombría pereza o su turbio sueño. La sumisión sin reservas de tu ser interior y exterior proporcionará esta plasticidad a todas las partes de tu naturaleza; la consciencia despertará en todo tu ser por una constante apertura a la Sabiduría y Luz, a la Fuerza, Armonía y Belleza, a la Perfección que nos alcanza vertiéndose desde las alturas. Incluso el cuerpo despertará y unirá su consciencia, ya no más subliminal, a la Fuerza supramental supraconsciente, sentirá todos los poderes penetrarlo y saturarlo desde arriba y abajo y alrededor de él y vibrará en un Amor y Ananda supremos.

Pero permanece en guardia y no trates de comprender ni juzgar a la Divina Madre mediante tu pequeña mente terrenal, que se complace en subyugar incluso las cosas que están más allá de ella a sus propias normas y alcance, a sus estrechos razonamientos y equívocas impresiones, a su ilimitadamente agresiva ignorancia y a su mezquino y autoconfiado conoci-

miento. La mente humana, encerrada en una prisión de sombras apenas penetradas por la luz, no puede comprender la libertad plural de los pasos de la Divina Shakti. La rapidez y complejidad de su visión y acción sobrepasan su perpleja capacidad de comprensión; las reglas de su movimiento no son sus reglas.

Aturdida por el rápido cambio de las muchas y diferentes personalidades de la Shakti, su crear y destruir los ritmos, sus aceleraciones y aplazamientos, sus diversos modos de tratar los problemas de uno y de otro, su emprender ahora y olvidar luego una línea y otra y su reunir las a todas finalmente, no reconocerá la vía del Supremo Poder cuando se halle girando y ascendiendo a través del laberinto de la Ignorancia hacia una Luz superba. Más que cualquier otra cosa, procura abrirle tu alma y está contento cuando la sientas con la naturaleza psíquica y la veas con la visión psíquica, pues sólo éstas responden directamente a la Verdad. Entonces, la Madre misma iluminará, por medio de sus elementos psíquicos, tu mente y corazón y vida y consciencia física y les revelará sus vías y su naturaleza.

Evita también el error propio de la mente ignorante de pedirle al Divino Poder que actúe siempre de acuerdo con nuestras rudas y superficiales nociones de lo que es la omnisciencia y omnipotencia. Porque nuestra mente clama a cada instante pidiendo ser impresionada por el poder milagroso y el éxito fácil y un esplendor que la deslumbré; sin todo ello, no puede creer que aquí esté el Divino. La Madre trata con la Ignorancia en el terreno de la Ignorancia; ha descendido a ella y ya no se halla enteramente arriba. En parte ella vela y en parte ella revela su conocimiento y su poder; a menudo los retiene detrás de sus instrumentos y personalidades y actúa de modo que pueda transformarlos según la naturaleza de la mente que busca, según la naturaleza del psíquico que aspira, según la naturaleza del vital que batalla, según el carácter de la naturaleza física prisionera y sufriente. Hay condiciones que han sido impuestas por una Voluntad Suprema, hay muchos nudos tensos que deben ser resueltos y no pueden ser violentamente sajados. El Asura y Rakshasa celan esta naturaleza terrestre en proceso evolutivo y tienen que ser enfren-

tados y conquistados según su propia ley y en su propia provincia y heredad; lo humano en nosotros debe ser guiado y preparado para trascender sus límites, es demasiado débil y obscuro para ser alzado súbitamente a una forma que le sobrepasa. La Consciencia y Fuerza Divinas están ahí y realizan en cada momento aquello que es necesario según las condiciones

de la labor, toman siempre la vía decretada y dan forma, en medio de la imperfección, a la perfección esperada. Pero sólo cuando la supermente haya descendido a ti, podrá tratar directamente, como Shakti supramental, con las naturalezas supramentales. Si sigues los dictados de tu mente, no reconocerás a la Madre aun si ésta llega a manifestarse ante ti. Sigue a tu alma y no a tu mente; sigue a tu alma capaz de responder a la Verdad, no a tu mente, que se inclina ante las apariencias; ten fe en el Divino Poder y ella liberará los elementos divinos en ti y remodelará el todo haciendo de él una expresión de la Naturaleza Divina.

La transformación supramental es algo decretado, inevitable en la evolución de la consciencia de la tierra, porque su ascenso no ha terminado y la mente no es la más alta de sus cimas. Pero para que la transformación se produzca, tome forma y sea duradera, es necesaria la llamada desde abajo con la voluntad de reconocer y no negar la Luz cuando llegue, y es necesaria también la sanción del Supremo en las alturas. El poder que media entre la sanción y la llamada es la presencia y poder de la Madre Divina. Es sólo el poder de la Madre y no cualquier esfuerzo humano y tapasya lo que puede desgarrar la membrana y quebrar la cáscara y dar forma al recipiente y hacer descender, a este mundo de oscuridad y falsedad y muerte y sufrimiento, la Verdad y luz y Vida divina y el Ananda de los inmortales.

GLOSARIO

Adhara: El quíntuple sistema corporal del hombre con sus envolturas física, vital, mental, supramental y espiritual.

Ananda: El gozo o deleite divino y supremo.

Asura: Titán, la fuerza y personalidad opuesta al Divino en la Naturaleza.

Asúrico: Lo que proviene del Asura o Titán.

Ishwara: El Divino bajo su aspecto de Creador, de Señor de la Naturaleza.

Jiva: El ser viviente, encarnado.

Pisacha: Íncubo o espectro, una de las fuerzas hostiles al yoga y al Divino.

Prakriti: La Madre Divina bajo su aspecto de Naturaleza, Creación o Manifestación.

Purusha: Espíritu.

Rakshasa: Demonio, una de las fuerzas hostiles a la Divinidad, superior en rango al Pisacha e inferior al Asura.

Sachchidananda: La triple naturaleza de Ser, Consciencia, Supremo Deleite del Divino.

Sadhaka: Discípulo, seguidor de un camino yóguico o sadhana.

Sadhana: Sendero yóguico.

Shakti: Poder o Voluntad del Supremo, la Madre Divina bajo su aspecto de Fuerza-Energía consciente.

Tamas: Inercia, oscuridad; es la guna o cualidad del inconsciente.

Vibhuti: Emanación humana de un ser divino o de la misma Divinidad.

Yoga Maya: Ilusión o espejismo creado a través del yoga.